

Kruijt, Dirk. *El lado bueno de la historia. El socialismo militar en el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas en el Perú (1968-1975) y la Revolución de los Claveles en Portugal (1974-1976)*. Lima: Punto Cardinal, 2024, 126 pp.

*El lado bueno de la historia* es el último libro de una de las voces más autorizadas en el estudio de la revolución velasquista. En esta oportunidad, Dirk Kruijt no nos presenta un denso trabajo académico, sino un ensayo en el que compara la primera fase del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas en Perú (1968-1975) con la Revolución de los Claveles en Portugal (1974-1976). Sin duda, la experiencia de investigación y el conocimiento de Kruijt sobre ambos procesos revolucionarios —fruto de una larga trayectoria de estudio sobre el tema— dieron forma a un ensayo breve y muy lúcido. En esta reseña no me centraré en resumir los principales argumentos del texto, sino en repasar las comparaciones principales que sostiene el autor y en abordar algunos puntos comparativos entre ambos procesos que el libro deja abiertos para futuras investigaciones.

Aparte de un amplio estudio bibliográfico sobre los procesos revolucionarios de Perú y Portugal, así como de algunos discursos o documentos oficiales, las fuentes principales que Kruijt utiliza para su trabajo son entrevistas a altos oficiales de ambos ejércitos, tanto las realizadas por él como las recopiladas por terceros. En el caso peruano, resaltan las entrevistas a exdirigentes militares que fueron piezas clave en el gobierno velasquista: Leonidas Rodríguez Figueroa, Jorge Fernández Maldonado, Aníbal Meza Cuadra, José Graham Hurtado, Arturo Valdés Palacio, entre otros. En el caso portugués, los entrevistados también fueron oficiales que integraron los gobiernos militares provisorios o el Movimiento das Forças Armadas (MFA).

El libro no se centra en la ejecución ni en los efectos de las reformas que emprendieron los gobiernos peruano y portugués, sino que analiza principalmente cómo se formaron las generaciones de militares radicales

dispuestos a realizar una revolución en sus países, así como la conducción política de sus respectivos gobiernos. Kruijt opta por estudiar ambas trayectorias históricas por separado, para luego sintetizar sus principales puntos comparativos en la parte final.

El autor ha mostrado un notorio interés, a lo largo de varios trabajos, por el desarrollo del pensamiento revolucionario en las fuerzas armadas de América Latina. Este fenómeno es abordado al inicio del libro, donde se incluye un breve repaso de los movimientos y gobiernos militares de tendencia reformista que hubo en el continente: Kruijt intenta demostrar que este fenómeno, lejos de ser una excepción, fue más bien una constante en la historia política latinoamericana del siglo XX. Casos como los de Brasil, Chile, Guatemala o El Salvador —a los que podrían sumarse la revolución nacionalista de 1952 y el gobierno de Juan José Torres en Bolivia, o el gobierno de Guillermo Rodríguez Lara en Ecuador— se vinculan con la generación de oficiales radicales en Perú, cuya máxima expresión se materializó durante el gobierno de Juan Velasco Alvarado. No obstante, la excepcionalidad histórica la encontramos en el caso portugués, en contraste con los demás ejércitos de Europa occidental.

Ahora bien, a lo largo del libro se identifican una serie de semejanzas y diferencias entre los procesos peruano y portugués que terminaron por caracterizar a ambas revoluciones militares en la Guerra Fría. En primer lugar, tanto el GRFA en Perú como los gobiernos provisorios de la Revolución de los Claveles en Portugal impulsaron numerosas nacionalizaciones y reformas en distintos sectores socioeconómicos. En ambos casos, la reforma agraria constituyó la transformación de mayor trascendencia.

Asimismo, ambos gobiernos revolucionarios presentaron contradicciones entre sus facciones internas, así como periodos moderados y radicales en su gestión política. Las disputas internas se volvieron más evidentes hacia el final de cada régimen: ya fuera a partir de la enfermedad de Velasco en 1973 hasta el golpe de Morales Bermúdez en 1975, o con la reacción del bloque moderado del *Grupo dos Nove* en 1975 contra el ala radical del MFA en Portugal. Sin embargo, encontramos una clara diferencia en la alta dirigencia de las revoluciones. Mientras que en el caso

portugués no hubo un líder que se mantuviera a lo largo del proceso — las cabezas fueron variando, siendo Francisco da Costa Gomes quizás la figura de mayor liderazgo (con Otelo Saraiva y Vasco Gonçalves como líderes militares del ala izquierda)—, en Perú, el liderazgo indiscutible de la revolución recayó en Velasco.

Otra diferencia importante radica en los contextos previos a las revoluciones. La Revolución de los Claveles puso fin a una prolongada dictadura conservadora surgida durante el periodo de entreguerras en Europa. El régimen de António de Oliveira Salazar (1932-1968) —que, similar al régimen franquista en España, tuvo un origen político *fascistizado*—, también conocido como *Estado Novo*, y continuado por su par Marcelo Caetano (1968-1974) tras la enfermedad del primero, perduró cuatro décadas gracias a sus alianzas estratégicas con actores clave como la Iglesia Católica y las fuerzas armadas, así como el mantenimiento represivo de las colonias portuguesas, especialmente en Angola y Mozambique. En contraste, el golpe militar del 3 de octubre de 1968 en Perú derrocó al gobierno democráticamente electo de Fernando Belaúnde Terry (1963-1968). Aunque vale recalcar que, a pesar de irrumpir contra un gobierno democrático, la revolución velasquista puso fin a un régimen oligárquico en crisis que, históricamente, había excluido de la ciudadanía a amplios sectores de la población, sobre todo a los campesinos e indígenas.

De acuerdo con el autor, ambas revoluciones acabaron con un *ancien régime*. En Portugal, la revolución atacó a la élite terrateniente tradicional y concluyó con una larga guerra colonial al conceder la independencia a Mozambique, Angola y otros territorios ultramarinos. En Perú, tras numerosas tomas de tierras por parte del movimiento campesino, las reformas del gobierno velasquista terminaron definitivamente con un sistema latifundista en el que la élite rural había perpetuado relaciones de trabajo y explotación de carácter servil en el campo.

Las dos revoluciones fueron lideradas por generaciones de jóvenes oficiales radicalizados que rompieron con las élites e intentaron implementar un socialismo de carácter nacionalista: tanto el «socialismo adecuado a la situación portuguesa» como el «socialismo con chullo» en Perú plantearon adaptar ciertos principios socialistas —ya fuera

en contraposición o en diálogo con el marxismo— a sus realidades locales. La presencia de actores, ideas y medidas inspiradas en el socialismo es indudable en ambos proyectos revolucionarios; el impacto real y el protagonismo de esta doctrina, discutibles.

Por su parte, para Kruijt, la diferencia fundamental entre ambas revoluciones radica en el rol de los elementos civiles en sus gobiernos. La revolución velasquista convocó a diversos intelectuales peruanos provenientes de distintas canteras políticas —demócratas cristianos, progresistas, comunistas, exmilitantes apristas e incluso exguerrilleros— que compartían los objetivos revolucionarios del régimen. Estos se agruparon principalmente en el Sinamos, organismo encargado de promover políticas de participación, capacitación técnica, implementación de políticas culturales, propaganda y otras funciones. Sin embargo, a pesar de su relevancia, estos civiles fueron allegados al gobierno y su presencia estuvo subordinada al liderazgo de los militares. En cambio, la Revolución de los Claveles integró desde sus inicios a los partidos políticos. Miembros del Partido Comunista Portugués, del Partido Socialista o del Partido Popular Democrático ocuparon cargos importantes desde el primer gobierno provisorio, cuyo jefe de gabinete fue precisamente un civil: el abogado Adelino da Palma Carlos.

Resulta llamativo que el libro no haya enfatizado lo suficiente el contexto histórico global en el que se desarrollaron estos procesos. Hacia fines de los años sesenta y durante la primera mitad de los años setenta, la Guerra Fría atravesaba una fase particular: el involucramiento masivo de los Estados Unidos en el sudeste asiático —especialmente en Vietnam— dispersó su atención y recursos geopolíticos y militares, creando condiciones propicias para el surgimiento de movimientos revolucionarios y de liberación nacional en otras regiones del mundo. Este escenario internacional resulta clave para comprender tanto el origen como el desarrollo de estas singulares revoluciones.

Finalmente, Kruijt destaca una semejanza elemental entre ambas revoluciones: curiosamente, el punto de partida de la radicalización de los dirigentes militares peruanos y portugueses fue su participación en campañas de contrainsurgencia. Por supuesto, se trataron de experiencias

distintas. Los militares peruanos enfrentaron en los años sesenta a las guerrillas comunistas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y del Ejército de Liberación Nacional (ELN). Aunque salieron victoriosos, el contacto con los guerrilleros capturados y el conocimiento de sus motivaciones convencieron a muchos oficiales de la necesidad de transformar profundamente la sociedad peruana. Por el contrario, la experiencia portuguesa en las guerras coloniales fue catastrófica. Las numerosas bajas, las deserciones masivas y el enorme costo de estos conflictos no solo explican el fracaso militar, sino que también se convirtieron en el detonante principal del alzamiento de las fuerzas armadas contra la dictadura del *Estado Novo*. Fueron estas guerras contrainsurgentes las que, paradójicamente, llevaron a una generación de militares a tomar conciencia de que estaban del «lado equivocado de la historia».

FABIO CABRERA MORALES

*Pontificia Universidad Católica del Perú - Instituto Riva Agüero*